

Sobre *El elogio de la sombra**

José Luis Viesca R.**



Wabi-sabi es la belleza de las cosas imperfectas, efímeras e incompletas.

Wabi-sabi es la belleza de las cosas modestas y humildes.

Wabi-sabi es la belleza de las cosas poco convencionales.

KOREN

En 1933 aparece *In'ei Raisan* o *El elogio de la sombra* del escritor japonés Junichiro Tanizaki (Japón, 1886-1965), más conocido por novelas como *Hay quien prefiere las ortigas* (1929), *Las hermanas Makioka* (1947) o *La llave* (1956).

En *El elogio de la sombra*, Tanizaki se concentra en una reflexión sobre la estética tradicional japonesa, valiéndose del método comparativo para describir y resaltar el específico gusto nipón¹ yuxtapuesto a la idea de Occidente.

El título de la obra nos ofrece una pista de la dualidad sobre la cual se basa la comparación: la sombra y la luz. Occidente, según advierte el autor, es una cultura que prefiere lo luminoso, lo aséptico, lo brillante, lo armonioso y lo absoluto. En contraste, Oriente opta por la sombra, lo imperfecto, lo asimétrico, y lo relativo. Son éstos, algunos principios

* J. Tanizaki, *El elogio de la sombra*, Siruela, Col. Biblioteca de ensayo, Madrid, 1994.

** Licenciado en Artes Plásticas.

¹ La preocupación de Tanizaki por el enfrentamiento entre Oriente y Occidente o la modernización de Japón, aparece previa y posteriormente en otras obras como en *Las Hermanas Makioka*. Esto, aunado al efecto del Gran Terremoto Kanto que, en 1923, destruyó varias ciudades de las islas y acabó con la valiosa arquitectura de los barrios y centro de Tokio, parecieron propiciar en el autor el deseo por preservar la herencia cultural de su país y quizá, la escritura de este libro.

sobre los cuales se funda una realidad única, que encuentra su máxima expresión en la ceremonia del té.

La tradición japonesa reconoce sus orígenes en el taoísmo (o en su abreviación, tao) y, consecuentemente, en el budismo zen; no es casual, pues, que exista una relación fonética entre el nombre del primero, y el preciado líquido ambarino –té-teísmo-taoísmo. El brebaje de arbusto, cuyos efectos avisan los sentidos y mantienen la conciencia despierta, fue adoptado rápidamente por los monjes budistas, primero como medicina y luego como estimulante para mantenerse alertas y meditar durante largos periodos.

Algo cotidiano, como beber una taza de té, se integró paulatinamente y asistió, con un papel central, a la construcción de una dimensión simbólica, mucho más refinada tanto en lo sacro como en lo profano. Las cualidades naturales del té fueron de gran ayuda puesto que transmiten lo efímero, lo sencillo, lo humilde, lo inacabado, lo imperfecto, lo relativo y el vacío. Este último permea la cosmogonía del taoísmo y crea el trasfondo en, hacia y desde el cual se suceden todos los acontecimientos de la realidad. El vacío es, por lo tanto, la condición sin la cual no sería posible la existencia. Es gracias a que hay vacío, que la realidad se puede desplegar en su totalidad; donde encuentra su razón de ser. Un ejemplo de ello es la famosa metáfora del *Tao-te-king* en la cual Laotse, padre espiritual del taoísmo, sugiere que la importancia de una vasija no reside en la misma, sino en la utilidad del vacío que ésta forma para contener cosas (Okakura, 2006).

Kakuzo Okakura,² contemporáneo de nuestro autor, en *El libro del té*, lo expone del siguiente modo:

En el arte, la importancia del mismo principio (el vacío) se manifiesta en el valor de la sugestión. Al dejar algo no dicho, el espectador se ve obligado a completar la idea, viéndose así, atrapado por una obra maestra que irremediamente captura su atención hasta volverlo parte de

² Kakuzo o Tenshin Okakura (Japón, 1863-1913). Académico y escritor dedicado a la preservación y difusión de la cultura japonesa. Fue el primer curador del Museo de Bellas Artes de Boston, en la sección de Artes Asiáticas en 1910, y autor de escritos como *Ideas de Oriente y El libro del té*.

ella. Hay un vacío ahí, para que uno entre y lo llene con la medida de su propia emoción estética (Okakura, 2006:44-45).

Bajo los preceptos del tao y el zen, que explican la realidad como una construcción de la subjetividad del individuo,³ lo cotidiano se volvió potencialmente más intenso y proclive al simbolismo ya que, según la doctrina, es en el diario acontecer donde es posible el encuentro con lo divino y lo relativo: encontrar la grandeza del universo aun a través de lo más pequeño. El resultado de este tipo de pensamiento fue una sensibilidad altamente receptiva hacia la posibilidad poética de los materiales, las formas y las acciones que manifiestan, como en el té, los principios del tao y el zen. Así, relata Tanizaki:

De manera más general, la vista de un objeto brillante nos produce cierto malestar. Los occidentales utilizan, incluso en la mesa, utensilios de plata, de acero, de níquel, que pulen hasta sacarles brillo, mientras que a nosotros nos horroriza todo lo que resplandece de esa manera. Nosotros también utilizamos hervidores, copas, frascos de plata, pero no se nos ocurre pulirlos como hacen ellos. Al contrario, nos gusta ver cómo se va oscureciendo su superficie y cómo, con el tiempo, se ennegrecen del todo. No hay casa donde no se haya regañado a alguna sirvienta despistada por haber bruñido los utensilios de plata, recubiertos de una valiosa pátina [...] No es que tengamos ninguna prevención a priori contra todo lo que reluce, pero siempre hemos preferido los reflejos profundos, algo velados, al brillo superficial y gélido; es decir, tanto en las piedras naturales como en las piedras artificiales, ese brillo ligeramente alterado que evoca irresistiblemente los efectos del tiempo. “Efectos del tiempo”, eso suena bien, pero en realidad es el brillo producido por la suciedad de las manos. Los chinos tienen una palabra para ello, “el lustre de la mano” (2002:30-31).

³ El tao, a diferencia del confucianismo que favorece la construcción de una realidad colectiva (comunismo), hace énfasis en la experiencia individual como la autora de la realidad. De ahí se entiende que, en especial, los monjes zen hubieran encontrado en la meditación el camino imprescindible para llegar a la iluminación.

Lo que resulta asombroso de esta mirada, es que el valor del objeto no reside en su materialidad, o en el hecho de que envejezca, sino en la posibilidad de ser un receptáculo, un medio para el ideal estético; en este caso, el tiempo. Aún más asombroso es pensar que lo que permite esta transformación, de objeto común en objeto de belleza, es un marco mucho más extenso y penetrante, conformado por el espacio, la forma de las acciones, la sombra y la sensibilidad del sujeto que le da sentido a esa realidad.

Pero eso que generalmente se llama bello no es más que una sublimación de las realidades de la vida, y así fue como nuestros antepasados, obligados a residir, lo quisieran o no, en viviendas oscuras, descubrieron un día lo bello en el seno de la sombra y no tardaron en utilizar la sombra para obtener efectos estéticos [...] Se ha dicho que la cocina japonesa no se come, sino que se mira; en un caso así, me atrevería a añadir: se mira, ¡pero además se piensa! Tal es, en efecto, el resultado de la silenciosa armonía entre el brillo de las velas que parpadean en la sombra y el reflejo de las lacas. No hace mucho, el maestro Soseki celebraba [...] los colores del *yokan*,⁴ y, en cierto sentido, ¿no inducen también esos colores a la meditación? Su superficie turbia, semitraslúcida como un jade, esa sensación que dan de absorber hasta la masa la luz del sol, de encerrar una claridad difusa como un sueño, esa concordancia profunda entre los tonos, esa complejidad, no podremos encontrarla en ningún dulce occidental [...] Coloquemos ahora sobre una bandeja de dulces lacada esa armonía que es un *yokan*, sumerjámoslo en una sombra tal que apenas se pueda distinguir su color, se volverá mucho más propicio a la contemplación. Y cuando por fin nos llevemos a la boca esa materia fresca y lisa, sentiremos fundirse en la punta de la lengua algo así como una parcela de la oscuridad de la sala, solidificada en una masa azucarada, y a ese *yokan*, que en realidad es bastante insípido, le encontraremos una extraña profundidad que realza su gusto (Tanizaki, 2002:38-40).

⁴ Dulce gelatinoso en cuya pasta se encuentra azúcar, agar-agar, pasta de alubias y algún perfume como ciruela o castaña.

Este modo de aproximarse a un objeto puede resultar extraño al occidental que por primera vez se encuentra con el pensamiento del país del sol naciente. Sin embargo, es casi imposible pasar por alto el grado de complejidad y exquisitez que denota tal costumbre estética, e imaginar una lejana y grandiosa época de apogeo.

Tanizaki nos devela, en una brillante y continua línea de ejemplos, un mundo misterioso, quizá ahora desaparecido, al cual podemos acceder como fuente de inspiración para crear un mundo estético propio.⁵

Parece difícil adoptar una tradición cultural, y la sensibilidad de un pueblo tan ajeno al nuestro para construir una estética personal. Sin embargo, considero que se pueden extraer del texto algunas “recetas” que podemos integrar a nuestra vida cotidiana: crear conciencia del espacio y del estar presente, y observar que las cosas son efímeras, pero que en ellas podemos encontrar la belleza que nos haga vibrar por dentro y nos descubra un modo para hacer de la vida algo más llevadero.

Como cualquier aptitud, y esto lo sabían a la perfección los japoneses, la sensibilidad es algo que se tiene que trabajar a lo largo del tiempo y con la práctica cotidiana. Desarrollar una estética personal requiere mucho esfuerzo, obligándonos a discernir entre lo que nos imponen como ideas de belleza y placer, y lo que uno verdaderamente considera como tal. Es como hacerse una prenda a la medida: una estética que responde a la realidad y al contexto de cada uno.

Los antiguos sabios zen jamás registraron sus enseñanzas de modo sistemático, prefiriendo en vez, hablar en paradojas. Así, en el silencio y en la sombra de las palabras, se resguardaban de la posibilidad de emitir medias verdades, esperando a que la verdadera luz, que penetra la materia del misterio y lo transitorio, creara destellos de iluminación divina, y en el breve descubrir de esa realidad, pudieran encontrar su posición en el universo. Mientras esto no ocurre, lean a Tanizaki.

⁵Por esto me refiero a la capacidad que tenemos para reconocer en nosotros mismos una disposición estética o sensibilidad hacia aquellas cosas, sensaciones o emociones que responden íntimamente a nuestra naturaleza y que vamos colectando y articulando a lo largo del tiempo. En nuestra cultura se podría llamar “gusto”, aunque este término resulte un tanto estrecho. Una imagen que transmite la noción de estética personal, es la del “jardín interior” donde cultivamos y abonamos las plantas más cercanas a nuestras afinidades y cuyo acceso está vedado al resto del mundo.

Bibliografía

- Koren, Leonard (1994), *Wabi-sabi for artists, designers, poets and philosophers*, Stone Bridge Press, Berkley, California.
- Okakura, Kakuzo (2006), *The book of tea*, Stone Bridge Press, Berkley, California.
- Tanizaki, Junichiro (1994), *El elogio de la sombra*, Siruela, Col. Biblioteca de ensayo, Madrid.